

## Enfoque psicosocial del apodo en la Argentina

El 25 de enero de 2021 se cumplieron 40 años del fallecimiento de Frida Weber de Kurlat y también este año hacen 80 de la publicación de su artículo sobre “Fórmulas de tratamiento en la lengua de Buenos Aires”, publicado en la *Revista de Filología Hispánica* de México (1941, III-2, pp. 105-139). La hispanista iniciaba el estudio de las fórmulas de tratamiento en nuestro país y lo continuaría 25 años después con “Fórmulas de cortesía en la lengua de Buenos Aires”, publicado en la revista *Filología* de la UBA (1966.1967, tomo XII, pp. 137-192). En memoria de esta pionera voy a presentar hoy una comunicación que me sirvió de divertimento en la pandemia.

### Aproximaciones al apodo

La palabra *apodo* integra una constelación semántica con otras, tales como *alias*, *apelativo*, *hipocorístico*, *mote*, *seudónimo*, *sobrenombre*. Muchas veces la sinonimia que se les atribuye se debe a una percepción brumosa de sus límites. Para tratar de establecerlos me basaré en la definición, en la normativa gramatical y en el uso rioplatense.

El *Diccionario de la lengua española (DLE)*, en su vigesimotercera edición, de 2014, define estas palabras que transcribo solo en las acepciones pertinentes:

**alias.** (Del lat. *alias* ‘de otro modo’). m. Apodo o sobrenombre. • adv. Por otro nombre.

**apelativo.** m. 1. adj. Que apellida o califica. 3. m. nombre apelativo. 4. Apellido o nombre de familia.

**apodo.** m. Nombre que suele darse a una persona, tomado de sus defectos corporales o de alguna otra circunstancia.

**hipocorístico, -ca.** (Del gr. *hypokoristikós* ‘acariciador’). adj. *Gram.* Dicho de un nombre que, en forma diminutiva, abreviada o infantil, se da como designación cariñosa, familiar o eufemística; p. ej. *Pepe, Charo*. U.t.c.s.m.

**mote.** (Del occit. o fr. *mot* ‘palabra, dicho’). m. 1. Sobrenombre que se da a una persona por una cualidad o condición suya.

**seudónimo.** (También pseudónimo). m. Nombre utilizado por un artista en sus actividades, en vez del suyo propio.

**sobrenombre.** m. 1. Nombre que se añade al apellido para distinguir a dos personas que tienen el mismo. 2. Nombre calificativo con que se distingue especialmente a una persona.

En base a estas definiciones, podemos distinguir dos que difieren netamente de los apodos: los hipocorísticos y los seudónimos. **Los hipocorísticos**, porque son

mutaciones del nombre para el afecto o la intimidad. Constituyen abreviaturas o modificaciones socialmente aceptadas: *Lola* por Dolores, *Paco* o *Pancho* por Francisco, *Mecha* o *Merche* por Mercedes, etc. En su formación pueden concurrir muchos fenómenos. Quizá el más original sea *Pepe*, tomado del lenguaje eclesiástico, donde el nombre del santo iba seguido de doble *p* para señalar la figura de padre putativo. También puede estar presente la aféresis de sílaba(s) inicial(es), más la sufijación diminutiva, como en el caso de *Titos/-as* y *Litos/-as*, y en *Moncho*, de Ramón, con el diminutivo euskera */txu/*. La misma aféresis pero sin diminutivo, como en *Be(r)to* por Alberto o Roberto, *Mingo* por Domingo; aféresis y duplicación silábica, muy propia del lenguaje infantil, como *Mimí*, *Dedé* o *Toto*. Muchos hipocorísticos presentan alteraciones morfológicas por pérdidas vocálicas o por alteraciones consonánticas. En los nombres compuestos suelen utilizarse acrónimos, como *Chema* o *Josema* por José María, *Maite* por María Teresa, *Maribel* por María Isabel, etc. El uso más difundido en la actualidad es el apócope, como *Nico* por Nicolás, *Vicki* por Victoria. Muchos de los hipocorísticos han pasado a ser nombres, como *Lola*, *Maribel*, *Tiago*. Este hecho consolida la identificación entre hipocorístico y antropónimo.

**El seudónimo** es el que tiene una significación más distintiva, ya que no es el nombre que le dan a alguien, sino el que alguien se da a sí mismo para un determinado fin. En el marco de las llamadas políticas de género, las mujeres escritoras, en el siglo XIX y principios del XX, firmaban con seudónimos masculinos para no ser discriminadas y llegar a ser leídas por los hombres de su época. Por ejemplo, César Duayen en nuestro país.

**El alias** puede ser un nombre artístico, y en ese caso coincide con el seudónimo, también puede ser un apodo o un nombre sustituto para esconder actividades delictivas o con el deseo de amedrentar, por ejemplo en los barrasbrava: *el Karateca*, *Sandokan*. Aparece frecuentemente en la crónica policial de la prensa argentina en hechos criminales o en operaciones clandestinas, ilegales, fraudulentas o delictivas. El alias a veces coincide con el apodo, especialmente en el ambiente carcelario (*el Gordo Valor*, *el Topo*), o como nombre falso. Fuera del orden criminal o de situaciones clandestinas, esta palabra tiene uso limitado y se lo suele aplicar con cierta ironía. Cito ejemplos de policiales de *La Nación*: “El 31 de octubre de 1995, el chofer de Gordon, Ernesto Lorenzo alias *–Mayor Guzmán–* cayó en el barrio de Belgrano con el Goya robado 12 años antes en Rosario”; “*Hugo Jara* era un nombre falso. Detrás de él se ocultaba Luis Raúl Menocchio, alias *Gusano*, el asesino de las mil caras”; “Enseguida le cayeron encima a Margarita Di Tullio, alias *Pepita la pistolera*, mote que se había ganado cuando mató a tres ladrones que entraron a su casa en Mar del Plata”.

También los alias fueron muy usados en las organizaciones guerrilleras de la década de los 70. La clandestinidad y la necesidad de presentar una nueva identidad propiciaron que se tomaran nombres alternativos y apodos. Por ejemplo, Mario Roberto Santucho era conocido como *el Negro*, *Robi*, *Carlos* y *Carlos Ramírez*. Un párrafo del libro *Por la sendas argentinas...* (Eudeba, 2000, pp. 399-400), de Pablo Pozzi, da una pauta de la extensión del fenómeno:

[...] en ese momento *Mauro* [Carlos Germán] había sido medio castigado, *el Pelado* [Enrique Haroldo Gorriarán Merlo] también había sido castigado, *el Gringo* Menna no estaba, *el Flaco* Carrizo también, ¿quién quedaba? *Leopoldo* [Rogelio Galeano] era impresentable digamos como secretario general. No éramos ni yo ni *Alberto* [Eduardo Merbilháa] compañeros presidenciables [...]. *El Negro Jorge* [Julio Oropel] tampoco [...]. Bueno, él era un cuadro que había sido de primera línea, pero nunca fue un compañero de elaborar, de escribir. Tampoco lo era *Mattini* [Arnold Kremer].

Actualmente, en la cultura digital, el alias se resemantiza para generar alias bancarios y alias de dominio.

**El apelativo** es el apellido o el nombre de familia, pero también es un calificativo, y entramos en la zona de sinonimia que refuerza el punto 3. **nombre apelativo**. De este dice el *DLE*: “m. Sobrenombre. *El Caballero de los Leones*”. De acuerdo con este ejemplo quijotesco, hay que agruparlo con los sobrenombres y se usaría solo en función narrativa.

**El apodo** y el **mote**, parecen compartir significación y normativa. Se trata de un sustantivo, de un adjetivo o de una construcción nominal que se usa en función de vocativo y en función narrativa con artículo determinante.

En cuanto a la normativa, advierte la *Nueva gramática de la lengua española*, Madrid, RAE, 2009, tomo I, §12.8j:

LOS SOBRENOMBRES constituyen sustantivos o grupos nominales de valor identificativo, tanto si constituyen apodos o motes (*el Cojo*, *el Tuerto*) como si se trata de seudónimos (*Azorín*, *el Brocense*, *Cantinflas*) o de calificativos atribuidos a una personalidad (*el Magnánimo*, *el Sabio*) [...] Los seudónimos son nombres que emplean los autores para ocultar el propio: *En 1970, Perón admitió que había firmado algunos artículos con el seudónimo* Descartes [...]. Los motes y apodos designan a los individuos a los que se refieren con términos que revelan confianza o ironía, pero también con calificativos que pueden ser hostiles o hirientes.

De este párrafo podemos desprender que *mote* o *apodo* son sinónimos. La preferencia por uno u otro posiblemente responda a usos diatópicos o a idiolectos. Se infiere también que el término *sobrenombres* es un hiperónimo con respecto a los otros lemas que venimos analizando. Así lo había señalado ya Rebollo Torío en 1993<sup>1</sup>.

**El sobrenombre**, según la definición del *DLE*, en su primera acepción desambigua el apellido o nombre de una persona, como en el caso de *Plinio el Joven*, *Felipe VI*, *Carlos Menem Junior*. Coincide con el tradicional **agnomento**, al que el *DLE* define como: “m. desus. Sobrenombre dado a una persona del mismo nombre que otra para distinguirla de esta”. En su segunda acepción define al sobrenombre como: construcción calificativa, sea pospuesta al nombre, como *Córdoba la docta*, *Salta la*

*linda, Rosas el Restaurador de las Leyes*, o sola: *el Libertador, la Reina del Plata*. Coincide con el **cognomento**, al que define como: “m. Renombre que adquiere una persona por causa de sus virtudes o defectos, o un pueblo por notables circunstancias y acaecimientos”. La diferencia entre el apodo y el sobrenombre como forma calificativa es que, si bien ambos tienen una estructura similar (artículo más adjetivo, sustantivo o construcción nominativa), el apodo solo se pospone al nombre en función apositiva y usado como narrativo, en tanto que el sobrenombre, de acuerdo con esta definición del *DLE*, solo sería narrativo y no admite el uso como vocativo (propio del apodo), salvo quizá en estilo retórico.

## Tipos de apodos y enfoque psicosocial

Los apodos pueden ser individuales, familiares y grupales. Del barrio de mi infancia recuerdo *los Pierinos* para una familia italiana que había nombrado Pierina a una de las hijas, y *los Paletos* para otra que se comportaba con poca urbanidad. Los apodos grupales suelen provenir del fútbol o de ideologías. Por ejemplo, *los Xeneizes, los Millonarios, los Troskos, los Gorilas*.

El apodo individual a su vez se divide en familiar o en social. El familiar suele acompañar desde el nacimiento o primera infancia. El social puede comenzar en la escuela (*el Cuatrochi, el Tarta*) o en cualquier momento de la vida. Frente al *Chacho Peñaloza* (aféresis de muchacho) nos encontramos con *el Viejo Viscacha* en la literatura o *el Viejo Bruno*, apodo que se dio al Almirante Brown.

Tanto el apodo como el nombre de pila constituyen una forma de tratamiento informal y de confianza. Los apodos son connotativos, en tanto que los antropónimos son denominativos<sup>2</sup>. El apodo connota rasgos físicos: *el Ñato, el Orejas*; defectos: *el Sordo, el Tuerto*, o alguna característica de la personalidad, como *el Corcho, el Nerd*.

Los apodos familiares son casi siempre cariñosos. Algunos son irónicos, como llamar *la Bruja* o *la Jefa* a la mujer. Muchos suelen recordar un rasgo del recién nacido o del hijo pequeño que hicieron que se lo llamase *Bocha*, si nació sin pelusa, *Negrito* por el pelo oscuro, *Chino* por los ojos rasgados, *Ñato* por la nariz pequeña, *Colo(rado)* si es pelirrojo, *Chueco* por las piernas torcidas, etc. *El Bebe* o *la Beba* suele llamarse a los benjamines. Los apodos sociales pueden coincidir con los familiares.

Para un enfoque psicosocial tomaré los apodos de protagonistas de nuestra historia o dirigentes de estas dos centurias, lo que permitirá una visión diacrónica, con la perspectiva social de distintas épocas. Cada país, cada región, cada comunidad, cada época tienen sus propias costumbres y circunstancias, sus propios gustos, y sobre estos parámetros se crean los apodos. Por ejemplo, antes de la penicilina las mujeres rellenitas eran socialmente estéticas, pues mostraban un cuerpo y un semblante saludables. El apodo *Gordita* era ponderativo. En esta época de bulimia y anorexia son pocos los que se animan a dar ese apodo.

En un país marcado por la inmigración, como el nuestro, el gentilicio fue una forma económica de distinguir y llamar. De ahí *el Turco*, *el Ruso*, *el Gallego*, *el Indio*, *el Francés*, *el Polaco*, *el Tano*, *el Vasco*, *el Ponja*, *el Chino*, servían para señalar a alguien por la procedencia u origen, aunque estas atribuciones fueran geográficamente vagas. A principios del siglo XX, por *turcos* se denominaba a turcos, armenios y sirio-libaneses; por *rusos* a quienes venían de Europa del Este, pero también a quienes profesaban la religión judía; por *tanos* a los italianos del sur, por *gallegos* a los españoles, etc. *Ponjas*, con la inversión silábica del país de origen, fue el modo de designar a los inmigrantes japoneses que empezaron a llegar a comienzos del siglo XX. Ya en 1911 se registraron nacimientos de hijos de nipones, sobre todo en el noreste. La denominación *chinos* es muy amplia. Se llama así a nativos con alguna mezcla de sangre indígena y también a los inmigrantes de China, Tailandia, Corea. Asimismo, las atribuciones pueden ser temporalmente imprecisas, y *el Tano* o *el Vasco* pueden ser de segunda o tercera generación, por portación de apellido.

A fines del siglo XIX, la inmigración no gozaba de simpatía entre los nativos. Basta con leer la literatura naturalista argentina, en especial los casos clínicos de los médicos de la generación del 80, para tener una dimensión de la xenofobia. *Irresponsable*, novela de Manuel Podestá, es un buen ejemplo. La aceptación del aluvión inmigratorio respondió a dos acciones conjuntas: la unificadora del discurso oficial que necesitaba mano de obra y poblar el país, y la niveladora de la escuela pública. Los slogans “Tierra de promisión”, “Crisol de razas” (ahora se dice “crisol de culturas”) se desplegaban desde los textos escolares. *Tierra de Promisión* se llamó, incluso, un libro de lectura de sexto grado. La literatura del siglo XX contribuyó a la ponderación del inmigrante, con las historias de sacrificio y frustración contadas desde dentro, por los hijos de la inmigración. Ejemplo son el grotesco criollo teatral o, siguiendo estas pautas, *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato.

El éxito de las políticas inmigratorias, con la articulación del inmigrante y/o de sus descendientes en el país proyectado, hizo posible que hubiera presidentes de la República apodados con gentilicios. A Victorino de la Plaza, nativo del Valle de Lerma, se lo llamó *el Chino* por su rostro aindiado, la impasibilidad del gesto y los ojos achinados. Igual apodo tuvo Ricardo Balbín. Carlos Pellegrini, hijo de padres franceses y que hablaba el español como extranjero, fue apodado *el Gringo*<sup>3</sup>; Pedro Aramburu fue *el Vasco*, Raúl Alfonsín, *el Gallego* y Carlos Menem, *el Turco*.

Sin embargo, una vez consolidado el proyecto de país, salvo los refugiados de guerra o migrantes calificados, un sentimiento xenófobo se fue imponiendo, sobre todo para quienes llegaron en las últimas décadas de países vecinos y reciben planes sociales o participan en tomas de tierras. Los apodos peyorativos lo certifican: *los paraguas*, *los bolitas*, *los boliguayos* y *los/las Cokas*. Este último alude al narcotráfico y a la nacionalidad peruana y boliviana<sup>4</sup>.

Otro apodo común es *el/la Negro/-a*. No posee connotación peyorativa y se suele llamar así al que tiene piel mate o pelo moreno. El comercio de africanos durante la

Colonia, perdió vigor con la Libertad de vientres, otorgada en enero de 1813. La independencia de los países sudamericanos coincidió con las teorías abolicionistas que venían de Europa y, curiosamente, de las potencias más esclavistas, como el Reino Unido y Portugal. Esta posición abolicionista se concretó en la Constitución de 1853 para la Confederación y a partir de 1861 para todo el país. Los africanos desde un principio se sumaron a las luchas contra la dominación hispánica y más tarde a las guerras intestinas. Juan Manuel de Rosas captó a *los Naciones*, como solía llamarse a los africanos, ya que se fueron agrupando por naciones o etnias de origen. Muchos de ellos alcanzaron rangos militares de mayor o coronel<sup>5</sup>.

Desde el siglo XX *el Negro, la Negra* y sus diminutivos son expresiones de cariño, de hermandad o de amistad. El valor peyorativo se da por el agregado de una expresión escatológica. Sin embargo, a mediados del siglo XX, con el advenimiento de Juan Domingo Perón y los cinturones industriales de las principales ciudades, hubo una discriminación de los migrantes de las provincias del norte, que por lo general eran peronistas, y se los conoció como *los Cabecitas negras*. Aunque en general el argentino piensa que no discrimina, siempre hay una barrera frente a lo que es distinto, lo que produce temor, y temor y estupor producían las primeras manifestaciones multitudinarias y los pies en la fuente.

La zoología sirvió siempre para encontrar parecidos físicos o destacar características personales. Animalizar es negarle humanidad a alguien. La historia argentina está atravesada por todo tipo de apodos animales, desde *la Cotorrita*, como llamaban a Manuel Belgrano por su gusto por vestirse de verde (y acaso por su voz aflautada), hasta *el Gato*, apodo tumbero que recibió Mauricio Macri el 16 de mayo de 2016 en Calilegua, Jujuy<sup>6</sup>. Allí Luis Llanos le gritó *gato* al presidente. En la jerga carcelaria *el Gato* es el que trabaja de modo incondicional para un jefe y recauda para este. Así el jujeño le imputaba al presidente que operara para corporaciones o fuera la cara visible de un *establishment*. Los electores de Macri, ajenos a la jerga de las cárceles, no entendieron, el apodo les resultó gracioso, y lo adoptaron.

En el siglo XIX, hubo dos *tigres*<sup>7</sup>, así apodados por su ferocidad: Facundo Quiroga, *el Tigre* de los llanos, y Justo José de Urquiza, *el Tigre de Montiel*. Bernardino Rivadavía fue apodado *el Sapo del diluvio* por el escritor y periodista fray Francisco de Paula Castañeda, apodado a su vez *el Gauchipolítico*. Carlos Tejedor, recibió de apodo *el Camaleón* por su adaptabilidad a los cambios políticos y su afán por escalar puestos ejecutivos en la conducción de la República. La revista *El Mosquito* lo representó como un camaleón trepando al árbol del poder. Nicolás Avellaneda fue apodado *el Chingolo*, porque era muy bajito y caminaba como en puntas de pie. Julio Argentino Roca fue conocido como *el Zorro* por su astucia y habilidad política. Miguel Juárez Celman, concuñado del anterior, fue apodado *el Burrito cordobés*, y era cordobés, pero no burro, solo estaba apurado por enriquecerse con la obra pública. Luis Sáenz Peña fue apodado *el Pavo*, por la debilidad que mostró durante su mandato. José Evaristo Uriburu fue *la Lechuza* debido a la forma acorazonada de su rostro, acentuada por la raya al medio del peinado, el arco de las cejas y el pico del mentón, que lo asemejaba a la cara de ese

búho. Estos cuatro apodos últimos los puso el ilustrador español Eduardo Sojo, director del semanario *Don Quijote* que firmaba como *Demócrito*. Fue el impulsor el animalismo político.

Ya en el siglo XX Lisandro de la Torre fue apodado *el gato amarillo* por su carácter independiente, la rapidez para el zarpazo y su pelo de un raro color. Hipólito Yrigoyen fue conocido como *el Peludo* tanto por sus correligionarios como por sus detractores. Le había puesto este apodo el conservador bonaerense Pedro T. Pagés, y fue difundido por el periódico *La Fronda*. Lo llamaron así porque le gustaba la soledad y se sentía cómodo en ella, como el peludo en la cueva. Edelmiro Farrell era llamado *el Mono* por sus íntimos, sin duda por la notable distancia entre la nariz y el labio superior. Oscar Alende fue *el Bisonte* por la forma en que enfrentaba los problemas y arremetía. Dijo *La Nación*: “hombre de elevada estatura y de cabeza inclinada hacia adelante, le daba también un símil lejano con ese animal poderoso con que lo comparaban cariñosamente sus partidarios”. Posiblemente sea este el más ponderativo de los apodos animales que le cupo a un político. A Arturo Frondizi lo llamaron *el lobo de Gubbio*. De esa ciudad asediada por el lobo al que domesticó San Francisco de Asis venían los padres del presidente. En realidad, Frondizi no fue un lobo asediante sino un lobo asediado, primero por Perón, con quien había firmado un pacto preelectoral, y luego por las fuerzas castrenses, cuando Perón dio a conocer el pacto desde el exilio.

Con la revolución libertadora entra en escena una publicación periodística *Tía Vicenta* (1957). Landrú (Juan Carlos Colombres) fue el director. Primero aparece mensualmente y luego pasa a quincenal, como suplemento del diario *El Mundo*. Aramburu era representado como una vaca. Según Carlos Garaycochea, por “esa cosa que tienen las vacas, que no se desesperan por nada, que son buenas. Se hizo con toda buena intención”<sup>8</sup>. Isaac Rojas conoció dos apodos puestos por Landrú, según declaraciones del propio almirante, y fueron *el Gorila*<sup>9</sup> y *la Hormiga negra*<sup>10</sup>, este último por su color, por ser menudo y por los anteojos negros que usaba. La animalización fue fundamental para los viñetistas, pero Frondizi casi nunca perdió la linealidad impuesta por una figura delgada, casi esquelética, aunque en alguna representación salen chorros de su cabeza, como a una ballena, pero son de petróleo. También por la estilización de su cuerpo se lo representó como jirafa. Álvaro Alsogaray fue *el Chanchito*, creación de Landrú a partir de sus curiosas orejas. Afirmó más tarde Landrú: “Yo lo miraba hablar y no me costó nada bautizarlo *el Chanchito*. Ahora le dicen, peyorativamente, *el Chancho*, pero mi apodo pretendía ser simpático.” También pusieron y difundieron los apodos de Arturo Illia, *la Tortuga* y de Juan Carlos Onganía, *la Morsa*<sup>11</sup>. La Tortuga, como signo de lentitud y falta de eficiencia, preparó a los argentinos e influyó en el golpe de Estado que se venía. Juan Carlos Onganía fue *la Morsa* por los bigotes de ocho y veinte que le caían sobre el labio, zona en la que tenía una cicatriz. Como se decía que el golpe militar a Illia había sucedido por culpa de *Tía Vicenta*, Onganía hizo cerrar el semanario<sup>12</sup>.

En la década pasada el periodista Jorge Lanata dio el mismo apodo a Aníbal Fernández. Más allá del bigote, la animalización del entonces jefe del Gabinete de

Ministros se producía desde el nombre, casi homónimo del sustantivo *animal*, salvo por la nasalización del fonema bilabial y la sílaba en que cae el fonema suprasegmental, acento que Lanata neutralizó al desplazarlo a la primera: *áanimal*.

En la década del 70, Jorge Rafael Videla fue apodado *la Pantera rosa* por su enemigo íntimo, Emilio Eduardo Massera, quien lo llamó así por su facha alargada y su modo de andar<sup>13</sup>. No apunta a un animal sino al dibujo animado que comenzó con los créditos de la película homónima de 1963. Pero también pudo ser leído por la gente como muestra de la distancia entre la representación que de sí mismo hacía Videla en contraste con sus obras: desaparición de militantes del ERP, de Montoneros y de las ramificaciones de ambos movimientos.

Y llegamos al siglo XXI y al matrimonio presidencial. Néstor Kirchner tuvo dos apodos, uno en Santa Cruz donde, según cuenta Fabián Gutiérrez (exsecretario de Cristina Fernández y arrepentido en la Causa de los Cuadernos, asesinado en El Calafate en julio de 2020), lo llamaban *el Gansito*. Al llegar a la Casa Rosada, con su corte sureña, Kirchner fue apodado *el Pingüino* y sus colaboradores fueron *los Pingüinos* y *la Pingüinera*. Curiosamente ambos apodos remiten a aves palmípedas, a las que se les atribuye necedad y torpeza. El *DLE* propone dos acepciones de ganso aplicadas a los humanos: “Persona tarda, perezosa, descuidada”. Y también “Persona patosa, que presume de chistosa y aguda, sin serlo”. En cuanto al pingüino, es llamado *pájaro bobo* por la torpeza de sus movimientos. A Cristina Fernández en cuanto a animalización, le correspondió el apodo de *la Yegua*<sup>14</sup>. Nuestro *Diccionario de la lengua de la Argentina* define **yegua**: “2. coloq. despect. Mujer vil, despreciable”. Según reveló Fabián Gutiérrez, nadie quería trabajar con ella y la llamaban, además, *la Loca*. Los malos tratos de la pareja para con sus colaboradores fueron proverbiales y retornaban en agresión verbal con apodos injuriantes.

Frente a todo este despliegue zoológico, la botánica es casi inexistente. El periódico *La Fronda* llamó *el Ciprés* a José Pascual Tamborini, ministro de Interior en la época de Marcelo Torcuato de Alvear, porque era alto, triste y no daba frutos. El vicepresidente de la fórmula Perón-Quijano firmaba J. Hortensio Quijano. La jota pertenecía a Juan, nombre que no le gustaba a Quijano, pero Natalio Botana, amparándose en su segundo nombre, comenzó a llamarlo *el Jazmín*, ridiculizándolo con el imaginario ramillete floral.

Un apodo de la mecánica recibió Marcelo Levingston al que llamaron *el Jeep* porque era militar y lo habían traído de Estados Unidos.

Otras formas de restar humanidad son: 1. Recurrir a prácticas que se operan con los animales, como sucedió con Ignacio Álvarez Thomas, apodado *el Capón*, y 2. Negar autonomía y autoridad, como sucede con Alberto Fernández, que prácticamente se autoapodó *el Títere*.

En la historia hay pocos apodos laudatorios. Los destaco: A Juan José Castelli se lo apodó *el Pico de oro* por su enjundiosa oratoria. Luego los historiadores y Andrés



Rivera en su novela *La revolución es un sueño eterno* lo llaman el *Orador de la revolución*. Lo cito porque el que otorga la posteridad no es un apodo, es un sobrenombre o cognomento, como lo es *el Padre del aula* para Sarmiento o *el Libertador de América* para San Martín. Volviendo a los apodos laudatorios, José Rondeau fue *la Mamita* por el trato cariñoso y la preocupación que sentía por sus tropas. Alfredo Palacios fue apodado *el Mosquetero*, según algunos porque se batió a duelo, cosa prohibida por el Partido Socialista, y según otros porque siempre estaba en defensa de los necesitados. En su chapa de abogado se leía que no cobraba a los pobres.

También hubo apodos que recurrieron a títulos de parentesco, como *el Tío* que llevó Héctor Cámpora por la supuesta hermandad política con Perón, y *el Yerno*, a Raúl Lastiri, casado con Norma López Rega. Y no hay que olvidar que el suegro fue apodado *el Brujo* por los rituales esotéricos llevados a cabo con Perón e Isabelita. También hubo uno que semeja un título nobiliario. José María Guido, compañero de fórmula de Frondizi y a quien cupo terminar el mandato, fue apodado *el Barón de Río Negro* porque venía de esa por entonces reciente provincia (pasó a serlo en 1957) donde había comenzado su carrera política, y por el prestigioso vino de Allen, de la bodega de Patricio Piñeiro Sorondo. Este, a su vez, se había presentado como *el Barón del Río Negro* ante el brasilero Barón de Rio Branco quien, esperando sacar provecho para su país, apoyaba a Uruguay cuando el conflicto con la vecina República por la jurisdicción de las aguas del Río de la Plata.

Los rasgos o defectos físicos que sirven para señalar a políticos o dirigentes de distintas épocas parecen ser descriptivos, pero al aplicarlos el pueblo suele dejar filtrar algo de humor cáustico, de decepción y hasta de resentimiento. Baltasar Hidalgo de Cisneros, último virrey del Río de la Plata, fue apodado *el Sordo*, José María Paz, *el Manco*, Mariano Moreno, *el Mulato* y Martín Miguel de Güemes *el gangoso*<sup>15</sup>. A Marcelino Ugarte le correspondió *el Petiso orejudo*, a Arturo Frondizi, *el Flaco*, a Eduardo Duhalde, *el Cabezón* y a Roberto Marcelino Ortiz, *el Gordo*. Con el apodo *el Pelado* llamaron a Marcelo Torcuato de Alvear y como *el Viejito* a Ramón Castillo, en tanto que por su delgadez Pedro Pablo Ramírez llevó de apodo *el Palito*. Alejandro Lanuse fue *el Cano*, y Néstor Kirchner, *el Bizco*.

Por los rasgos de su personalidad, Domingo F. Sarmiento fue apodado *el Loco* por Urquiza. Así se lo dice en una carta a su amiga Mary Mann, pero lo cierto es que ese apodo fue el más reiterado, y eso que superó de lejos tanto en motes como en sobrenombres a todos los políticos argentinos<sup>16</sup>. Cuentan que su exministro de Instrucción Pública, Nicolás Avellaneda, cuando llega a la Presidencia, tras una campaña en la que habían trabajado juntos, entró a su despacho y se encontró a Sarmiento sentado en el sillón de Rivadavia, leyendo la correspondencia. Avellaneda venía con Roca, y Sarmiento no se inmutó y siguió con su tarea. Avellaneda llevó a Roca a una ventana, como para mostrarle algo, y le preguntó: “¿Qué hacemos con este loco?”. Como ya vimos, este apodo en femenino también le cupo a Cristina Fernández. Leopoldo Fortunato Galtieri fue llamado *el Borracho*.

Por lo general, muchos apodosos son una forma de ridiculizar, y dicen del que lo lleva, pero también dicen mucho de quienes los ponen, de los prejuicios, de las ideologías e intereses circunstanciales, como los económicos. Este paseo por la historia nos sirve para verificar que hay apodosos que se reiteran, fundamentalmente los que animalizan, los que se sustentan en características físicas o rasgos del carácter de los destinatarios. Otro elemento para señalar es la importancia que la prensa tiene en la caricaturización y en la divulgación. Los dibujantes y viñetistas tienen la intuición y el arte para destacar ciertos rasgos. Luego los periodistas difunden y la oralidad de los lectores festeja y repite. Siempre el receptor es el que prioriza y determina o no el éxito.

Norma Carricaburo

<sup>1</sup> Miguel A. Rebollo Torío en “El apodo y sus características” destacó: “Podríamos decir que un apodo es un sobrenombre, pero no todo sobrenombre es forzosamente un apodo. El sobrenombre tendría una relación de hiperonimia con respecto a los demás”. *Anuario de estudios filológicos*, Vol. 16, 1993, p.345.

<sup>2</sup> Los antropónimos tampoco son absolutamente denotativos, suelen expresar nacionalidad, credo, ideología, nivel social, ídolos mediáticos, modas, épocas.

<sup>3</sup> La palabra *gringo* tiene distintos significados en América hispana. En el caso de Pellegrini, el presidente en el momento del aluvión inmigratorio, sin duda fue una forma de diferenciarlo del endogrupo patricio.

<sup>4</sup> A este respecto es interesante leer los estudios sobre la discriminación de los niños inmigrantes en la escuela pública y privada de Capital y Gran Buenos Aires, tanto por parte de docentes como de alumnos.

<sup>5</sup> En el *Martín Fierro*, Hernández nombra *Moreno* a quien luego se presenta como *negro*. También así lo apela el protagonista, pero deja claro en la payada: “Dios hizo al blanco y al negro/ sin declarar los mejores,/ les mandó iguales dolores/ bajo de una misma cruz,/ mas también hizo la luz/ pa distinguir los colores.// Así ninguno se agravie, no se trata de ofender-/ a todo se ha de poner/ el nombre con que se llama,/ y a naides le quita fama/ lo que recibió al nacer”. Pero este es el personaje reflexivo que ha pasado por la experiencia del desierto. El gaucho de la ida era el intolerante que insultó a la negra y se desgració en la pelea con el Moreno tras la “coplita fregona”: “A los blancos hizo Dios,/ a los mulatos San Pedro,/ a los negros hizo el diablo/ para tizón del infierno” (vv. 1168-1170).

<sup>6</sup> Véase [https://www.eldestapeweb.com/nota/la-historia-completa-por-que-lo-apodan-macri-gato-al-presidente-2017-3-3-15-40-0?gclid=Cj0KCQjAs5eCBhCBARIsAEhk4r4lgELIRTyP5IA509xH\\_ETNfJpZmf5nrOkSaQrugidKt7sTGtFma2AaAh1REALw\\_wcB](https://www.eldestapeweb.com/nota/la-historia-completa-por-que-lo-apodan-macri-gato-al-presidente-2017-3-3-15-40-0?gclid=Cj0KCQjAs5eCBhCBARIsAEhk4r4lgELIRTyP5IA509xH_ETNfJpZmf5nrOkSaQrugidKt7sTGtFma2AaAh1REALw_wcB)

<sup>7</sup> En realidad en la Argentina no hay tigres. Es la denominación vulgar de la *panthera onca*, conocida en el NEA como jaguar, yaguar o yagüareté, y también del *Puma concolor* o puma argentino.

<sup>8</sup> Véase A. Gandolfo, “Tía Vicenta, entre Frondizi y Onganía (1957-1966)”, *Caiana*, 2, agosto de 2013. En línea en [http://caiana.caia.org.ar/template/caiana.php?pag=articles/article\\_2.php&obj=99&vol=2](http://caiana.caia.org.ar/template/caiana.php?pag=articles/article_2.php&obj=99&vol=2)

<sup>9</sup> *Los gorilas* se llamó desde mediados de la década de los 50 a los antiperonistas. Este apodo a Rojas lo califica como el antiperonista por antonomasia. El nombre no respondió a una animalización, tuvo origen cinematográfico, con el estreno de la película *Mogambo*. En una escena amorosa entre una de las

parejas protagónicas se oyen ruidos, la chica se asusta y el muchacho que no quiere perder el clímax, la tranquiliza con la frase “deben de ser los gorilas”. Un programa radial cómico, *La revista dislocada*, hizo una pequeña canción sobre esta frase: “Deben ser los gorilas, deben ser/ que andarán por ahí”. Como en ese tiempo había muchos trascendidos sobre el malestar de las fuerzas armadas con Perón, se comenzó a designar así a los antiperonistas.

<sup>10</sup> Así había sido llamado el gaucho criminal que inmortalizó el folletín de Eduardo Gutiérrez.

<sup>11</sup> Landrú dibujó dos tortugas y una le decía a la otra: “Por fin tenemos gobierno propio en la Argentina”. Y Flax (Lino Palacios) hizo célebre el híbrido de la tortuga con la cara de Illia muy arrugadita. Ambos dibujantes publicaban en *Tía Vicenta*. Asimismo, Roberto Mezzadra, desde *Crónica*, dibujaba al presidente acompañado por una tortuga. Siulnas publicó, para el día del niño de 1965, el Juego de la Tortuga, más difícil que el de la Oca, porque la tortuga insistía en volver hacia atrás y hacer retroceder a los jugadores (*Tía Vicenta*, 319, 1 de agosto de 1965). Al poco tiempo de asumir Onganía, Landrú presentó una viñeta con dos morsas, y una le decía a la otra: “¡Al fin tenemos un gobierno como Dios manda!”

<sup>12</sup> No hay que olvidar el peso de dos semanarios de la época: *Primera Plana* (1962) y *Confirmado* (1967), ambos fundados por Jacobo Timerman. Desde ellos y en defensa de intereses económicos (las industrias farmacéuticas, el campo), se desprestigió al presidente Illia y también se fue alentando el golpe cívico-militar.

<sup>13</sup> Véase <https://www.abc.es/internacional/20130518/abci-videla-vivos-muertos-desaparecidos-201305181314.html>

<sup>14</sup> En La Provincia SJ. <https://www.diariolaprovinciasj.com/elpais/2020/7/4/que-habia-declarado-fabian-gutierrez-arrepentido-en-la-causa-de-los-cuadernos-134595.html>

<sup>15</sup> Por frases o muletillas del discurso, apodaron a Manuel Quintana, el *Manequí*. Era un elegante, pero repetía mucho “hay que ponerse los pantalones”, frase que fue determinante. Ernesto Guevara fue *el Che* por el empleo de este apelativo e interjectivo en países de la América no checheante.

<sup>16</sup> A Sarmiento se le dieron muchos sobrenombres y algún otro apodo, como consecuencia de su personalidad polémica. Así lo llamaron los políticos e intelectuales contemporáneos: Alberdi, *Caudillo de la pluma* y *Tartufo*; Menéndez Pelayo, *Montonero intelectual*; Paul Groussac, *Don Yo*; Pedro Goyena, *Animalis homo*. Los periódicos y sus ilustradores lo satirizaron así: *Don Quijote* lo llamó *el Profeta*; *El Mosquito*, *Al Ben Racín*, por el origen árabe de su apellido materno, también *Duque de Carapachay*, *la Solterona Dominga*, *el Sultán de nuestras escuelas*. El dibujante Carlos Monnet, en el semanario *La Presidencia*, lo llamó *el General Bum Bum*, etc.